

LA CEREMONIA DEL ADIOS

Simone de Beauvoir, Hermes, México, 1983.

Las Furias de la Edad

El psicoanálisis moderno se ha distinguido por la reivindicación de mitos primigenios y de costumbres seculares. Ha redescubierto la necesidad de ellos en un mundo que parece vivir y desfallecer sin emociones. Entre estos rescoldos primordiales uno me interesa intensamente: el rito luctuoso, o como Simone de Beauvoir llama a su testimonio postrero sobre Sartre¹, la "ceremonia del adiós". No haré aquí incursiones en las ideas de Caruso sobre la pérdida y el luto; tampoco ensayaré un cotejo antropológico sobre las modalidades practicadas por diversas religiones para consolar a los que se quedan, a los que todavía están de este lado, aguardando y en guardia. La lectura libre, asociativa, del libro de S. de Beauvoir es más bien el punto convergente de algunas reflexiones sobre la edad, el declive, y el salto definitivo.

¿Cuándo muere un hombre? La respuesta no es sencilla, ni para los patólogos. La muerte real que no fisiológica, el cierre de la conciencia, dependen del significado que ese hombre le haya estampado en su vida. Si el significado se evapora sólo quedan las piernas para disimular lo que se ha extraviado. Pero quiero trascender la logoterapia: la muerte sobreviene cuando la *imaginación* empieza a practicar la eutanasia de todo significado. Cuando la esterilidad ataca a la imaginación -concluyó la vida.

Sartre albergó esta convicción en sus últimos años, cuando la edad y sus pecados juveniles embistieron furiosamente. Su biología se vengó de la conciencia. La *náusea* lo rodeó sin rodeos. En su última década, Sartre se dedicó a Flaubert. "Se trataba de mostrar un método y de mostrar un hombre" (p. 14), se justificó. Las páginas fueron llenadas a vuela pluma, a pesar de que "la literatura comienza con la elección, con el rechazo de ciertas líneas y la aceptación de otras" (p.233). Ya no tenía tiempo para estos cuidados. Sartre estaba condenado.

Su compañera, su esencialmente fiel Castor, sigue la trayectoria de la caída. Como si viviera para su muerte. con ascendente quebranto. "Hacia tiempo que la salud de Sartre no me causaba inquietudes. Aunque fumaba dos paquetes diarios de tabaco, sus arterias no habían empeorado. Brutalmente, a fines de septiembre, volvía a sentir miedo" (p.17).

¹ S. de Beauvoir, *La ceremonia del adiós*, Hermes, México, 1983.

Sartre sigue actuando en diversos escenarios en tanto que su cerebro se vacía irremisiblemente. Su significado se trastorna. Ataca a Castro, defiende a Padilla, auspicia el diálogo entre israelíes y palestinos, coopera con los maoístas, conversa con la atormentada Castor: todo para disimular la pérdida.

“La filosofía es la unidad de lo que hago” (p. 387, pero esta unidad principia a resquebrajarse. Sólo le queda a Sartre asir cada trozo por separado. Recurre al dentista para reemplazar los dientes idos. Quisiera emitir voces: testimonio parcial de la existencia. “Si no podía hablar en mítines, ni en reuniones poco numerosas, se vería obligado a jubilarse de la política” (p. 47).

El adiós se insinúa. Los amigos se preparan para la separación inevitable. Como si la muerte fuera un monopolio de Sartre. Su memoria empieza a extraviarlo, a jugarle malos ratos. Y él se aleja de las cosas, se despersonaliza. “...me dijo que no tenía miedo de nadie en particular, pero que tenía la impresión de ser un objeto, sin relación con la gente” (p. 65). El hombre que en *Bariona* se había entretenido con los símbolos para engañar a los alemanes que le tenían preso (p. 243) ahora se refugia en una simbiología agrietada.

No abandona la bebida; se intoxica porfiadamente como para demostrar (y demostrarse) que la objetividad aún le hace efecto. Pierde la vista lentamente; pero para exhibir su agresividad le escribe con firmeza a Giscard d’Estaing, el político de pura sangre. Y éste, con aristocracia, le contesta con su puño y letra: “Según lo que usted escribe, todo nos separa. Estoy menos seguro de ello que usted. Nunca he pensado que las personas se distinguen sólo por sus conclusiones. Están también sus búsquedas y usted lo sabe bien” (p. 102).

¿Lo sabía? “Estoy chocho” es una expresión que se formula obsesivamente y le rebota sin piedad. A veces un girón de su existencia malograda le grita la verdad: “... Mi oficio de escritor está completamente destruido... En un sentido, eso suprime mi razón de ser: fui y no soy más...” (pp. 114-115).

En todos los sentidos. Porque para este hombre que quiso ser, en una sola encarnación. Spinoza y Stendhal, el acto de escribir es su vida (p. 207). “Se que vendrá”, se dice refiriéndose al corte final. Como si recordase su propia filosofía, filosofía que ya está perteneciendo al otro, al Sartre que se *historiza*.

El adiós se extiende. La compañera-testigo se recoge para iniciar el luto. Pero todavía es temprano. A Sartre le traicionan los reflejos, tiene “accidentes intestinales”. Simone observa y reflexiona: es horrible este cuerpo que nos falla cuando la cabeza está todavía sólida” (p. 123). ¿Alude al cuerpo en general, a esa prisión agustiniana del alma, o al cuerpo de Sartre, que tanto y tantas veces amó? Tal vez a ambos, porque ese cuerpo de Sartre ya no es el que supo (y saber es copular como bien lo entien- de el texto bíblico).

El adiós se abrevia. Al despuntar 1980 empieza el declive final. Cuando el sol del invierno invade su mesa y su rostro exclama: “Oh, el sol” (p. 157). Exclamación que es acaso un eco de los últimos llamados de Goethe: “Luz, luz, quiero luz”. Los riñones están fatigados: uremia. La gangrena lo envuelve. El cuerpo es ahora -

literalmente- una cáscara; no es ya una metáfora cabalística que el existencialismo, sin conocer el antecedente, adoptó. Dormía mucho (p. 163) antes del silencio total. Se preocupa, a la vez, por los gastos del entierro y por las personas con quienes tomará el próximo whisky (p. 163). Pero hay otra proximidad más imperativa. La rotura: el *hombre roto*, habrá pensado Simone de Beauvoir.

El adiós llega. Cincuenta mil personas acompañan el ataúd. "Es la última manifestación del 68", dirá un amigo (p. 167). Castor se había preparado, se había enlutado en vida. Y sin embargo, también se agrietó. Porque la ceremonia del adiós no es únicamente para Sartre. "Sé que vendrá" convicción que se acepta con dudas, a pesar de reiteradas evidencias. Al final, Castor se convence: "Su muerte nos separa. Mi muerte no nos unirá. Así es: ya fue hermoso que nuestras vidas hayan podido estar de acuerdo durante tanto tiempo" (p. 168). Las furias de la edad se calman de momento: saben que son inmortales.

Joseph Hodara
El Colegio de México